

MOLNAR, THOMAS: *The Counter-Revolution*; Funk & Wagnalls, New York, 1969.

Las solapas de este hermoso libro señalan que el pensamiento revolucionario está mucho mejor servido por la propaganda que aquel que se le opone. Dueña del epíteto la revolución maneja una prensa generosamente extendida por todo el mundo y con sutilezas que se adaptan a todos los temperamentos, desparrama su veneno en los concurridos bebederos de la opinión masificada. Mejor servido por la inteligencia que por la perfidia, el pensamiento contrarrevolucionario es por antonomasia aristocrático, y la posibilidad de verterse en los anchos canales de la vulgaridad le está vedada por la jerarquía misma de su mensaje.

Thomas Molnar, profesor de literatura francesa en una universidad norteamericana se ha hecho conocer en los círculos del pensamiento de derechas por muchos artículos redactados en inglés o francés y por varios libros que tratan, con idéntica competencia y profundidad, los temas más controvertidos de nuestra época. Señalamos los títulos principales de una lista que recién comienza: *Utopía, the perennial heresy*; *Sartre, Ideologue of our time*; *The decline of the intellectual*; *The two faces of American Foreign Policy*, etc.

El propósito que guía a Molnar en este libro es poner la atención sobre el pensamiento contrarrevolucionario para examinar las razones que explican, en parte, el escaso conocimiento que se tiene de sus pensadores y su aparente incapacidad para ejercer una influencia decisiva en los acontecimientos políticos y sociales de nuestro tiempo. Molnar está convencido de que un examen honesto de las soluciones propuestas por los pensadores de la derecha, ayudaría a comprender mejor el proceso de eso que se llama revolución.

Para poner un orden metódico en la realización de esta tarea nada mejor que observar lo que sucedía, en el terreno de la controversia política, antes de la Revolución Francesa.

Ya en plena vigencia del Antiguo Régimen, los intelectuales que defienden el pensamiento revolucionario cuentan con instrumentos de propagación que todas las fuerzas sociales ponen a su servicio.

La "*république des lettres*" forma una suerte de Estado dentro del Estado y recluta sus miembros entre la burguesía, la nobleza, los financieros, hombres de estado y clérigos. Los elementos más activos e ilustrados de la población francesa juegan con las ideas más contrarias al orden que los sustenta y en el que medran sin retaceos. Molnar hace suya la conclusión de Alexis de Tocqueville de que la "*république des lettres*" estaba comprometida en una empresa de destrucción y en la construcción de una fantasmagoría intelectual que surgiría de la ruina del Estado.

No nos detendremos en examinar junto con el autor los tópicos manejados por la crítica revolucionaria. Son viejos conocidos y a pesar de haber mostrado mil veces su inoperancia y la frágil estructura de sus razonamientos, renacen de sus cenizas y vuelven a probar su eficacia destructiva y esto porque juegan el espejismo de una renovada utopía.

Pero conviene señalar un hecho: los revolucionarios atacan con idoneidad y firmeza los elementos más vulnerables de la vieja sociedad y ésta se defiende en vigor y casi con vergüenza. El pensamiento disolvente ha penetrado en la inteligencia de los naturales defensores del orden y la voluntad política flaquea en los momentos decisivos, incapaz de hallar la energía salvadora. Cita una frase del ministro de Luis XVI, Necker, que describe muy felizmente esta situación: "*It is an invisible power which commands everywhere, including the King's palace*". Precisamente este poder es la revolución que afloja los ánimos y prepara el desastre. El mismo Rey confirma el diagnóstico cuando inducido a llevar la guerra a sus conspiradores renuncia a la batalla: "porque sería una horrible carnicería que concluiría en una victoria todavía más horrible".

La frase revela a un buen hombre pero a un mal monarca. No se puede defender el gobierno con tales sentimientos.

El pensamiento revolucionario no está confinado a una sociedad determinada y su prédica se extiende por todo el mundo. Los fundamentos filosóficos de la revolución están dados por los filósofos franceses del siglo XVIII y por el idealismo alemán.

De ambos, del transparente pensamiento francés y del opaco alemán, obtiene la revolución del siglo XIX, sus fórmulas definitivas".

La dialéctica hegeliana la provee de un método y el mesianismo económico de Marx de una utopía. Ambos se juntan para darle la fuerza de una religión del aqueude con todos los ingredientes de un misticismo ortopédico.

Destaca el autor que la fuerza de esta esperanza radica en esa cierta dificultad de ser que experimenta el individuo, arrancado de sus comunidades solariegas, frente a una colectividad que crece a sus expensas. La promesa de una posterior, y siempre postergada, integración con la colectividad aumenta su esperanza y exaspera su malestar. El clima de la revolución se nutre de este desequilibrio y contribuye vigorosamente a provocarlo: "*In consequence, the revolutionary lives in permanent state of metaphysical dissatisfaction*". Condena la realidad y las situaciones por no coincidir con su esencia y por no estar identificadas con él. Al mismo tiempo, condena lo individual por no ser social y a la sociedad por no poseer una conciencia moral propia. La promesa marxista de que, al final del purgatorio dictatorial, la conciencia moral del individuo y la de la sociedad serán una sola, aparece como un cercano y posible paraíso, como una réplica del "Reino de Dios" que la revolución hará posible.

Si nos preguntamos por la razón que explica el triunfo casi universal del modo de pensar revolucionario, Molnar señala la síntesis feliz de una clase media intelectual formada en los santos y señas expedidos por los colegios y universidades republicanas y un capitalismo aventurero, dueño de la prensa e interesado en publicar ideas "que se vendan".

"Una ojeada a diarios tales como *Le Monde*, *L'Express* y *Le Nouvel Observateur*, en Francia; *Espresso*, en Italia; *Der Spiegel*, en Alemania; *The Observer* y *The Guardian* en Gran Bretaña, puede convencernos de la efectividad de esta doble aproximación: el tono revolucionario y partidista de los textos, coexiste pacíficamente con los avisos sobre joyas, automóviles y obras de arte carísimas y con la publicidad de lujosos cruceros internacionales".

Sin lugar a dudas, piensa el autor, ambas cosas están dirigidas a distintos clientes: por un lado, a los que pueden pagarse el lujo de tales artefactos y, por otro, a los que necesitan satisfacer sus frustraciones de sobrinos desheredados. Esto que se dice de los grandes rotativos de la llamada prensa amarilla, vale para los *best sellers* de las librerías internacionales o para los directores cinematográficos. El capital sabe que la izquierda vende y como los promotores de las ideas revolucionarias también se venden calcula que, estando siempre dispuestos a echar mano a la cartera, la ganancia compensa los premios y las coimas.

Frente a esta facilidad impuesta por el opíparo consorcio, el contrarrevolucionario, preocupado por la formulación de un pensamiento que salve la vida del abandono y la pereza tiene que desarrollar su tarea fuera de los cuadros de la sociedad capitalista y sin ninguno de los alicientes publicitarios que extienden el influjo de una obra.

Mannheim escribió que el pensamiento revolucionario extraía su fuerza del deseo de realizar un orden social conforme a un canon establecido por la razón. Este deseo, aparentemente positivo, se alimenta a su vez en dos negaciones radicales: la de un orden establecido por Dios y la del orden que nace de exigencias fundadas en la naturaleza del hombre. El sello idealista de la revolución manifiesta claramente su inspiración satánica.

El nivel desde el que observa el autor de nuestro libro es el de los hechos políticos y sociales. Una indagación metafísica no está en sus propósitos, aunque todo hace suponer que está muy lejos de desdeñar una reflexión de esa índole.

El pensamiento contrarrevolucionario se coloca, desde el comienzo de su aparición, en clara postura contra las abstracciones revolucionarias. Su defensa de las instituciones concretas lo lleva a un ceñido tradicionalismo nacionalista y a una limitada acción patriótica que desconfía, como de la peste, de las sonoras fórmulas universales. Esta actitud centrada sobre una "res" histórica real restringe el campo de su prédica a un cuerpo social determinado y le enajena, indefectiblemente, todos los carneros de Panurgo identificados con el sueño de una unificada sociedad mundial.

Maurras podía decir que la única internacional admisible era la Iglesia y, precisamente, en razón de que su universalidad no negaba, sino que asumía y conservaba el espíritu de las naciones, indestructiblemente unido a la salvaguarda de sus tradiciones culturales.

La restauración contrarrevolucionaria ha fracasado siempre y no en razón de una debilidad intrínseca a su pensamiento filosófico "*but because counter-revolutionaries were largely unable to make full use of modern methods, organization, slogans political parties and the press*". Con todo el diagnóstico que la contrarrevolución ha hecho de estos difíciles tiempos ha demostrado mucho más certeza y poder de penetración que sus similares revolucionarios, sin decir nada de los pronósticos frente a los cuales la sabiduría revolucionaria parece empeñada en contrariar la constante negación que la realidad política inflige a sus sueños.

El libro termina con una aguda reflexión en torno a la situación del pensamiento revolucionario en medio de los ideales que triunfaron después de la

segunda guerra mundial. Hasta hace unos veinte años la Iglesia Católica y los Estados Unidos de Norteamérica parecían dos bastiones sobre los que se rompían las olas sucesivas de los asaltos revolucionarios. Hoy, la revolución está en uno y otro y su invasión triunfadora obliga al pensamiento contrarrevolucionario a sostener una lucha desigual en la defensa del orden social y los principios comunitarios "y sus éxitos están en las mentes y en las almas más que en el foro".

RUBÉN CALDERÓN BOUCHET